

CAZA Y TURISMO

Por

Max R. Borrell

Asesor Técnico de Deportes de la
Subsecretaría de Turismo

Creo que estaríamos todos de acuerdo si consideramos la mayoría de las sierras y montes españoles como terrenos baldíos y económicamente improductivos, bajo el punto de vista agrícola y pecuario, debido a su configuración y a las extremadas circunstancias climatológicas de nuestros veranos e inviernos.

Conozco miles de hectáreas, por no decir varios cientos de miles, donde por mucho que uno gaste resultaría económicamente catastrófica la inversión que se realizase, ya sea en cultivos, mejora de pastizales, e incluso ciertas repoblaciones.

Sin embargo, la sabia naturaleza nos ha provisto con una riqueza fácil de explotar, con una mínima inversión, y de tan óptimo rendimiento para esta clase de terrenos, que como ella nos indica, es la conveniente para su explotación, y hasta ahora pocos son los que se dan cuenta de ello.

Este don de la naturaleza es la caza, ya sea la caza mayor y menor, de pelo o pluma que, sin arados, fertilizantes e insecticidas, se reproduce año tras año, con escasa guardería, paciencia, experiencia y adecuada conservación, cuyo resultado económicamente hablando podría ser superior a cualquier clase de cultivo a que se quiere obligar a unas tierras, que por mucho que uno las apure nunca darían un rendimiento igual a los que la naturaleza indica haberlas destinado.

Actualmente en España se caza más que nunca, con mejores armas que nunca, y a pesar de ello hay más caza que nunca. Por este motivo, es decir, por la grandísima abundancia de la caza, y a pesar de todo lo que se viene diciendo, caza el pobre y caza el rico.

Es posible que el primero tenga que andar más que antes, pero con afición y buenas piernas nunca regresa a casa sin sus perdices, liebres o conejos.

El "cazador señorito" o excursionista que frecuenta nuestros pueblos del interior, así como nuestras benditas sierras cualquier domingo durante la temporada de caza, podrá comprobar esto con sus propios ojos.

Se oyen muchas quejas acerca de los cotos, sin discriminar su clase, pero el que de estas cosas entiende pronto realizará que la abundancia de caza actual se ha incrementado gracias a la superabundancia de cotos comparada con épocas pasadas. La caza no está cercada, y ella misma circula fuera de los límites de los acotados, sobre todo cuando éstos se encuentran superpoblados y no pueden sostener por falta de alimento suficiente a tal número de piezas.

Probablemente, el profano ignore que un coto de perdices con abundante alimento casi nunca llegará a dar a su propietario más de dos perdices por hectárea; por tanto, de haber más perdices, éstas buscarán el alimento en otro sitio que si se trata de un terreno libre pueden ser abatidas por cualquier cazador, provisto de su licencia de caza, que frecuente esos terrenos, lo que suele suceder cualquier día.

Para el cazador modesto, desde el punto de vista deportivo, esto no deja de tener su mérito y dificultades, ya que las perdices parecen conocer el peligroso sitio donde se encuentran, causando verdadera satisfacción al que en estas condiciones las abate.

En lo que se refiere a la caza mayor, todo montero sabe lo que sucede en los alrededores de un coto el día que se montea. Los límites de la finca están materialmente rodeados por los que se conocen con el nombre de "escopetas negras", es decir, cazadores de ocasión que, encontrándose en terreno libre, abaten cuantas reses, ya sean machos, hembras o crías, que pasen al alcance de sus armas. Los aficionados que cazan en el coto respetan, de acuerdo con la Ley, hembras y crías, mientras que los "eventuales" no respetan la Ley, y con miras solamente de lucro matan todo lo que se presenta. Esto representa el gran problema actual y que tarde o temprano, de no ser corregido, causará víctimas por las armas modernas de largo alcance, al ignorar el montero el emplazamiento de los "escopetas negras", ya que siempre se esconden para no ser vistos.

Con buena voluntad y educación cívica podríamos tener en España caza para todos sin envidias, disgustos e inconvenientes. El ideal se-

ría que todo español que lo deseara pudiese cazar y tener coche. Este bello ideal me parece utópico, ya que no conozco ningún país en el mundo que lo haya conseguido o pueda realizar.

Sin pretender ser un profeta me atrevo a augurar que en los años venideros mejorará en España la situación cinegética, haciéndose más accesible a todas las esferas sociales. El hombre moderno en sus condiciones actuales de vida, por disfrutar de más medios económicos, pero sin embargo expuesto a vivir entre grandes aglomeraciones siente aún más la necesidad del campo y aire puro, y nada mejor que la caza para olvidar las preocupaciones y restablecer las fuerzas físicas.

Por estos motivos debe de ser preocupación de los que pueden facilitar el ejercicio de la caza a todos los que hasta ahora no han tenido ocasión de hacerlo.

La caza en España puede llegar a ser, y en parte ya lo es, una atracción turística para el extranjero económicamente fuerte. Pero antes de desarrollar tan interesante tema creo oportuno describir las distintas y varias modalidades de caza típicamente españolas, que son: La Montería, La Caza de Alta Montaña, El Ojeo de Perdices y La Caza en mano del conejo y la liebre, Caza del corzo, Tiradas de palomas y tórtolas, Cacerías de acuáticas, así como la caza de la interesante avutarda y el magnífico urugallo.

Ahora que estamos bajo la influencia de la caza y sus modalidades de nuestra fauna, creo conveniente señalar, sobre todo para el lector no cazador, que en España, gracias a Dios, tenemos nueve variedades de caza mayor, que son: el ciervo (entre monteros llamado venado), el gamo, el corzo la capra hispánica o macho montés, el rebeco, el jabalí, el oso, el lobo y el lince.

Ningún país de Europa occidental posee tanta variedad.

Dicho esto dedicaré las próximas líneas a describir las prácticas de caza de cada especie, ya que la acción de cazar presenta una variedad de modalidades no fáciles de tratar de un modo uniforme.

Cazar es montar, que no es lo mismo que la caza en rececho ni ojear perdices, ni tirar aves acuáticas. Cada una de estas ramas de la caza posee su técnica propia e incluso se practica con armas distintas

La montería

En la montería el papel principal corre a cargo de los ciervos, jabalíes, gamos (estos últimos años debido a las repoblaciones del Servicio Nacional de Caza) y ocasionalmente lobos y lince.

La montería española es un sistema tradicional de caza típico de nuestro país, y de más elevado rango que cualquier otra caza en España. Ya se "echaban las manchas" hace más de cuatrocientos años; es decir, que se daban batidas en nuestras sierras y montes del mismo modo que se llevan a cabo en la actualidad y empleándolo aún ahora una técnica análoga. Ya a mediados del siglo XVI se monteaban osos, jabalíes, ciervos, gamos, corzos, lince y lobos.

Espectacular, típica y verdaderamente grandiosa es la montería española. Contemplar en el punto de reunión, antes de la batida, el magnífico cuadro representado por los monteros ataviados con sus zahones e "ilustrados" sombreros, podenqueros con sus distintas rehalas y peculiares ropajes, tales como coletos, zahones, abarcas, zurrones y provistos de caracolas, trabucos y todos ellos empleando un vocabulario clásicamente montero; ojeadores, secretarios con sus correspondientes caballerías, todos en pie descubiertos mientras se reza la salve a la Virgen de la Cabeza, Patrona de los monteros, es una escena multicolor difícil de olvidar y que siempre quedará grabada en la memoria de aquel que la vea por primera vez.

Probablemente entre todas las sierras españolas las más querenciosas creo son Sierra Morena, de Andújar, y Sierra Morena, de Hornachuelos. En ambas sierras, benditas de Dios, se han cobrado en los últimos años, en un día de montería, bastante más de cien reses. Asistir a una de estas monterías, observar cómo se colocan las armadas, cómo los podenqueros "echan la mancha", ver desde el puesto trabajar las rehalas y si la suerte le favorece al cazador entrándole un buen venado, con los perros encima, saltando matas y riscos, como decimos nosotros "echando niebla", y si logramos abatirlo con bala en estas condiciones, aparte de la emoción, el recuerdo nos acompañará durante toda nuestra vida, sobre todo al presenciar el trofeo colgado en nuestra casa.

El éxito de una montería depende de varias circunstancias, principalmente de la experiencia de los guardas, que son quienes deben

proceder a la colocación de las escopetas, teniendo en cuenta su número, las huidas más obligadas de las reses y la dirección del viento.

Casi todos los experimentados monteros tienen sus preferencias, gustándoles a unos las "traviesas"; otros, los "sopies", y a otros, los "collados" y "cuerdas"; esto de acuerdo con el estado del tiempo. Hasta conozco monteros que a veces prefieren la "recula", cosa que desde luego no comparto con ellos, ya que rara es la vez que estos puestos "pitan".

Las "manchas se echan" según el número de perros y escopetas, teniendo siempre cuidado con la dirección del viento, siendo generalmente cuatro las formas de dar las batidas, que son: en un solo sentido, al tope, cruzadas y dándoles la vuelta. La primera es empezando en un extremo y terminando en el opuesto. La segunda es soltando las rehalas en direcciones opuestas hasta que se encuentran, que suele ser en el medio de la finca. La tercera, variante de la anterior, consiste en que las rehalas no se encuentran, sino que, cruzándose, continúan hasta terminar en donde empezaron las otras. Finalmente, la cuarta, que consiste en dar la vuelta a toda la mancha, terminando en donde empezaron.

Con lo que antecede es fácil comprender lo complejo que es "echar una mancha" y la cantidad de factores que pueden echar abajo el plan mejor concebido.

Para no extenderme más sobre la montería, terminaré diciendo que es imposible montar sin perros y que el verdadero montero interpreta lo que sucede en la mancha según la forma de ladrar de los mismos, aunque no vea ni a éstos ni a las reses.

Caza de alta montaña

Esta manera de cazar es completamente distinta a la montería, aquí no se utilizan ni perros ni ojeadores, es el propio cazador quien acompañado por un guarda o guía tiene que hacer lo que llamamos la "arrimada", es decir, aproximarse al macho montés (capra hispánica) y rebeco hasta una distancia prudente que le permita el tiro de rifle. Además, exige del cazador unas condiciones físicas excepcionales para trepar los macizos montañosos, agrestes, elevados y

desprovistos casi de vegetación. En estos parajes generalmente no existen ni hoteles ni refugios, y con frecuencia el aficionado tiene que dormir en chozas de pastores, metido en su saco y aguantando lo que las inclemencias del tiempo le deparen.

Un día de cacería en alta montaña consiste primero en localizar la pieza y luego hacer la "arrimada" para poderle tirar. Dicho así parece coser y cantar. Localizar la pieza significa una dura y penosa ascensión a los puntos elevados, para desde allí otear la mayor cantidad de terreno, y, por desgracia, suele suceder que tengamos que seguir ascendiendo, echándonos la noche encima, y entonces tenemos que pernoctar donde buenamente podamos, ya que muchas veces regresar supone un verdadero infierno y con peligro de un accidente.

El momento culminante de un buen aficionado es conseguir un extraordinario trofeo sin guía o acompañante, pero aficionados de esta clase no abundan.

Toda la caza mayor, y especialmente la de alta montaña, posee un sentido de la visión extraordinario, pudiendo descubrir al cazador desde un par de kilómetros. Por tanto, todas las precauciones que se tengan al hacer la asomada son pocas, en la cual procuraremos hasta quitarnos el sombrero para que no se nos distinga, nos arrastraremos hasta ver la pieza con nuestros prismáticos para ver si constituye un trofeo digno de nuestros esfuerzos y, en caso afirmativo, cara al viento, hacer la arrimada tan perfecta y silenciosa como nos sea posible, para procurar abatirle.

Para concluir sobre este tema, creo que no hay nada más bello que la caza en rechecho en alta montaña en España, cuyo escenario espléndido, con las cumbres nevadas y abismos impresionantes, y a veces, caso único en Europa, también divisando el mar.

El ojeo de perdices

¿En qué país del mundo puede cobrarse en un día de caza, por doce escopetas, 4.600 perdices? La respuesta es única y definitiva: sólo en España.

Este fabuloso éxito, probablemente el record mundial, se consiguió en la Encomienda de Mudela en la pasada temporada.

¿Cuántos españoles saben que en los alrededores de Madrid, a media hora de coche de la Puerta del Sol, existen fincas en donde doce escopetas cobran en un día de ojeo de dos a tres mil perdices?

En España siempre abundó la perdiz, y como muestra de ello citaré que durante la monarquía de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, en noventa y un días de cacerías se cobraron en Mudela más de 95.000 perdices, además de 12.966 conejos, 2.795 liebres y 42 faisanes. Pero es actualmente cuando estamos viviendo la Edad de Oro de la caza de perdices en España gracias a la afición de S. E. el Generalísimo, la labor del Ministerio de Agricultura y la conservación de la caza por propietarios particulares.

El criar perdices en una finca particular tiene verdadero mérito, desde el punto de vista económico, por los importantes gastos que le ocasiona a su propietario. Téngase en cuenta que tiene que cultivar y sembrar la tierra para que coman las perdices, pagar una guardería y a ésta por la destrucción de las alimañas, además de los gastos propios de la finca. Se puede calcular que la suma total de todos estos gastos hace que una perdiz volando se cotice a un precio muy elevado, mientras que muerta no tiene un valor de más allá de su octava parte, y en algunos casos menos, si la propiedad o coto está alejada de un núcleo importante de población.

Estamos hablando de gastos ocasionados por la cría de perdices en un coto, y también hay que tener en cuenta los que se producen por los ojeadores, sin los cuales es imposible tirar las perdices en ojeo desde los puestos.

La caza de la perdiz en mano no deja de ser interesante y muy deportiva, pero hay que reconocer que la caza de perdices en ojeo atrae mayor suma de cazadores y es la más popular y atractiva para los extranjeros que nos visitan. Tengamos en cuenta que éstos suelen ser de edad madura y que sus cualidades físicas no les permiten un ejercicio duro como exige la caza en mano.

Ser una escopeta de primera clase en el tiro a ojeo requiere buenos reflejos, unos nervios templados, buena vista no solamente para poder ver volar las perdices rápidamente, sino también para juzgar las distancias y saber cuándo tiene que tirarlas. Un buen tirador mata casi todas sus perdices delante de su puesto, dejando de

tirar atrás para no perder las “barras” que entren mientras les dé la espalda.

El número ideal de cazadores para un ojeo es de doce, pero si la finca es extensa y tiene abundancia de perdices pueden admitirse dos escopetas más.

Con treinta ojeadores, siempre y cuando éstos conozcan su oficio, será suficiente para batir cada uno de los ojeos, que suelen ser unos cinco durante el mismo día.

Esta rama de la caza es, para el turista extranjero, la de mayor atractivo, y yo mismo lo he comprobado en clubs de caza extranjeros en donde la conversación al saber que yo era español derivaba indefectiblemente sobre la perdiz roja española. Aun en Africa, cazando fieras, al encontrarme con otro “safari”, durante las horas de reposo siempre salía a relucir el mismo tema de conversación.

Sobre las relaciones de la perdiz y el turismo y la importancia que ésta pueda tener en las brillantes y adineradas esferas sociales, hablaremos detalladamente más adelante.

Caza de conejos y liebres

Hasta la introducción en España de la desgraciada y costosa enfermedad de la mixomatosis, que solamente el conejo la padece, para muchas fincas pobres de terreno y, por consiguiente, no aptas para labores agrícolas, el conejo representaba una riqueza idónea en nuestro país, que con muy pocos gastos producía una renta considerable y era la diversión y comida de un gran sector de población, pobre y rica.

Conozco fincas muy cercanas a Madrid en las cuales sus propietarios hacían una “saca” con hurones, lazos y escopetas de setenta mil conejos, superando esta cifra algunos años. Entonces (antes de la mixomatosis) la “saca” la llevaban a cabo los mismos compradores profesionales ayudados por sus expertos jornaleros, pagando la pareja de conejos a 25 pesetas. El guarda mayor de la propiedad los contaba y cobraba, esa era toda la labor o trabajo que requería “recolectar” una “cosecha” que producía anualmente más de pe-

setas 875.000 cobradas al "pie de la finca", repitiéndose la faena todos los años sin gastos ni inversiones en material agrícola; es decir, una renta limpia y sin complicaciones.

Dicho esto así, parece para el profano fácil de obtener pingües ganancias; solamente la sabia prudencia del propietario, heredada de sus antepasados, permitía establecer el lógico equilibrio entre estos roedores y su alimentación, que de no ser así mermaba la cantidad y calidad de la flora y fauna, dándose casos en ambos sentidos de encontrar cientos de conejos depauperados por falta de alimentación, y la vegetación a riesgo de perderse.

La mixomatosis, irradiada desde el foco creado por el doctor Armand-Delille, se extendió rápidamente por toda Europa, y que si bien por un lado, en algunas zonas, libró a la agricultura de una plaga, por otra parte, en España, ha venido a destruir una riqueza en los terrenos no aptos para la labor, que todos los propietarios de fincas y cazadores sentimos profundamente.

Téngase en cuenta que una buena parte de la población rural española encontraba en la carne de conejo una buena ración de proteínas, a precios bajísimos, que la mixomatosis ha venido a destruir. Independientemente de aquel dicho "que no solamente de pan vive el hombre", uno de los entretenimientos más populares en la masa media del país, como era la caza del conejo, ha desaparecido prácticamente. Y ello ha traído como consecuencia una amenaza sobre otras especies más selectas, nacida de la inevitable sustitución que el cazador ha tratado de buscar al fallarle por completo las piezas que, de modo habitual, constituían el objeto de sus correrías. Todas estas últimas palabras que cito no son mías, se deben a unas personas que, como yo, sienten y lamentan esta situación: Don Jaime de Foxá que, como su compañero y amigo don Guillermo Muñoz Goyanes, así lo han proclamado en el libro editado por la Dirección General de Montes, Caza y Pesca Fluvial, titulado *Anverso y reverso de la mixomatosis*.

Todos los cazadores sentimos muy profundamente la escasez de esta especie, ya que reconocemos que constituía el recreo y, a veces, el sustento de buena parte de los cazadores modestos.

Para muchos cazadores ha sido, y por desgracia ya no lo es, una diversión cazar conejos en mano en las proximidades de Madrid, ya

que antes de esta enfermedad resultaba muy entretenido salir de madrugada y regresar a casa a almorzar con una docena de conejos, y no hablo en este caso de los que tuviesen buenos medios y amigos.

La liebre, siendo bastante similar a su "primo" el conejo, se ha librado del contagio de la mixomatosis y sigue siendo tan abundante en nuestras tierras como antaño. Esto no quita que en los vedados y en algunas zonas libres excede por su abundancia, pero, en general, en el centro de la Península, raro es el terreno acotado o libre en donde con buenos perros no se la encuentre, especialmente al abrirse la temporada de caza.

Pocas cosas hay más bellas que la caza de liebres con galgos en un terreno donde se pueda presenciar la carrera desde que esta pieza se levanta hasta ser alcanzada y muerta por el galgo o galgos. Parece inverosímil la agilidad de la liebre que, con sus requiebros y amagos, puede "torear" a los galgos, que solamente llegan a alcanzarla por extenuación.

La caza del corzo

Entre todos mis recuerdos cinegéticos no puedo olvidar la caza del corzo en rececho, sobre todo en la finca de mi amigo y compañero de caza el Conde de Yebes, quien me inició en este lance.

Levantarse antes del amanecer en una fresca mañana del mes de abril, antes del brote de la hoja, lo que facilita la visión del cazador en el campo, caminar por las húmedas sendas que ha empapado el rocío con un cuidado extremo para no hacer ruido, dando tres pasos y parándose para otear entre las ramas, apenas sin pestañear; descubrir al corzo y echarse los prismáticos a la cara para ver si es digno trofeo y, en este caso, abatirlo, es algo que una vez realizado nunca puede olvidarse.

Para mí esta es la única manera deportiva de cazar esta especie. Este bello animal, que se mueve, aparece y desaparece como un fantasma ante el cazador, por su delicadeza y maravillosa presencia, no es digno cazarlo en batida con ojeadores y perros, y el que lo hace que me perdone.

Tiradas de palomas y tórtolas

En la época del "paso" de estas aves son miles y miles las que caen abatidas por las escopetas, y a pesar de esto, año tras año siguen pasando, repitiéndose los mismos vuelos, gran ventaja para el cazador que sabe dónde ir.

Digna de verse es la caza de la paloma torcaz y zurita en Echalar (Navarra), en donde las palomas no pueden ser abatidas por los cazadores hasta una vez bajadas las redes con las palomas enmelladas por los que tienen la concesión.

Los puestos se subastan por los concesionarios de las redes, y por ellas se cotizan altísimos precios.

Muy interesante, bajo el punto de vista cinegético también, son las tiradas de tórtolas, al paso, en parte de Andalucía, Extremadura, Toledo, Zamora y Salamanca.

Recomiendo al que pueda interesar este tema, sobre todo a los turistas extranjeros, de presenciar la caza de palomas en Echalar. Es una fase del deporte cinegético complicada y difícil para tratar sucintamente en este ensayo. El que lo presencie me dará la razón y no olvidará haberlo presenciado.

Cacería de acuáticas

Después del ojeo de perdices estas tiradas constituyen un atractivo turístico (me refiero al extranjero) que actualmente es de ellos poco conocido se practique en España.

Con seguridad las mejores tiradas de acuáticas, ansares, patos, fochas, agachadizas, etc., están localizadas en el coto de Doñana, propiedad particular, así como en la Albufera de Valencia y la isla de Buda en el delta del Ebro. Es verdaderamente una pena que a excepción de las tiradas en La Albufera de Valencia, donde se subastan los puestos y, por consiguiente, son accesibles a los turistas extranjeros, no suceda lo mismo en otros lugares. Con buena voluntad por las partes interesadas que favoreciesen al turista y propietario, se podría fomentar este deporte que hasta ahora está sin explotar.

Para dar una idea de la abundancia de acuáticas, conozco casos en donde un solo cazador abatió en una jornada más de trescientos patos, y en otro caso en que el mismo cazador cobró, aproximadamente, la misma cifra de ansares (gansos salvajes).

Saliendo de Valencia hacia Alicante, a unos quince kilómetros, se encuentra La Albufera, un lago de una longitud de veinte kilómetros y de diez u once de ancho. Es un lago de aguas tranquilas con islotes, bosquecillos de chamiza, juncos, cañas, carrizales y, en espacio libre, un espejo de azul blanquecino donde llegan, de los brumosos mares del norte de Europa, los cisnes mudos, flamencos, las ocas grises (ansares), gaviotas y toda clase de patos, en bandadas extraordinarias, para goce del afortunado cazador. Los islotes, cubiertos de matorrales, sirven a las aves para hacer sus nidos y criar sus polluelos.

Una vez abierta la temporada de caza de acuáticas, en los días de tirada, sorprendidas por las escopetas, se elevan en grandes bandadas sobre los "puestos", generalmente barriles camuflados con cañas, hundidos en el agua y fango y en cuyo interior está el cazador, rodeando su puesto gran cantidad de cimbeles.

Cuando aún es de noche, los cazadores, metidos ya en sus toneles, cargan sus escopetas y, presintiendo el amanecer, esperan la señal de empezar la cacería. Se escuchan los primeros disparos de los impacientes: uno, dos, diez..., luego a centenares. Y así continúa la tirada una hora y otra y otra... Pasan y repasan las aves, interminablemente, y los tiradores no se cansan de abatirlas.

Los barqueros se han situado con sus botes minúsculos en lugares estratégicos, desde los cuales acudirán en el momento preciso a recoger las piezas abatidas.

Como he dicho anteriormente, estas maravillosas tiradas de acuáticas en La Albufera de Valencia y sus alrededores, al contrario de los ojeos de las perdices, son escasamente conocidas por los deportistas extranjeros y, por consiguiente, son dignas de dar a conocer por medio de folletos ilustrados y, más que nada, en película de cine.

Tengamos presente que en el extranjero (por las clases pudientes) es una verdadera obsesión la que tienen por esta clase de caza.

Caza del urogallo

Las cordilleras del norte de España, cordillera Cantábrica, con sus estribaciones pobladas de bosques, de las provincias de Santander, León y Asturias, y en diversos lugares de la cordillera Pirenaica, se pueden considerar como el área más meridional de la dispersión del urogallo por Europa.

Sus querencias varían según la región hasta la raya del arbolado, que en España varía de mil a dos mil metros sobre el nivel del mar. El urogallo es el mayor y más noble representante de la familia de las gallináceas y, con la avutarda, una de las aves más grandes de Europa, llegando a pesar de cuatro a seis kilos. En España se le puede cazar solamente desde el tercer domingo de abril hasta el primer domingo de junio, que es parte de la temporada de su celo, y también la única para cazarlo, ya que se le localiza por su especial canto o llamada a la hembra y reto a los demás machos.

La forma clásica de cazar el urogallo es entrarle o acercarse paso a paso aprovechando su canto de madrugada, que es cuando, enloquecido por el celo, no se percata de la proximidad del cazador.

Como el urogallo canta siempre desde lo alto de un árbol, una vez a tiro, el cazador lo abate con escopeta o rifle de pequeño calibre.

El canto del urogallo, a pesar de ser un ave de gran tamaño, es extraordinariamente bajo, y a doscientos metros se le oye muy confundidamente.

Aunque hay gente que opina que matar el urogallo durante el celo es igual a matar un pavo doméstico posado en la rama de un árbol, la mayoría de las veces, sobre todo en España, el cazador tiene que cobrar su pieza en las laderas de los montes, cubiertas por tupido arbolado, empezando a trepar por escarpadas laderas y veredas llenas de dificultades, de noche, para llegar a los lugares querenciosos antes del amanecer y que empiece a cantar el urogallo, que siempre es el ave más tempranera en anunciar el alba.

El cazador que haya logrado un trofeo en estas circunstancias sabrá apreciar y reconocer que esta clase de caza es dura y digna de un buen deportista.

Caza de avutarda

Este ave extraordinaria, prácticamente extinta en Europa occidental, tenemos la gran suerte de que abunde en España, pero esto no indica que, por otra parte, tengamos que protegerla. Digo esto, porque actualmente, a pesar de las precauciones y vedas oportunas implantadas por el Servicio Nacional de Caza, que regula su caza, la avutarda es perseguida cada día más con vehículos "todo terreno" y rifles de largo alcance.

Conozco lugares próximos a Madrid en que abundaban no hace más de diez años y actualmente no se ve ninguna. Sé de casos de furtivos que han matado más de treinta avutardas en una jornada, provistos de "jeeps" y rifles con "silencioso" para que no puedan ser descubiertos y, por si fuera poco, durante los meses vedados.

Sin los medios de caza descritos anteriormente, las avutardas fueron acabadas en Inglaterra en 1833 por su caza y acoso, y antes de esta fecha eran miles las que en primavera iban a las islas para criar.

En los Estados Unidos no conocen esta especie de ave, y casi todos los deportistas norteamericanos que conozco y visitan España, no solamente desean cazarla, sino que un grupo importante quiso obtener huevos para introducir la avutarda en América, y una vez que se los proporcioné, fueron enviados a un famoso hotel donde residían, y por estar ellos ausentes, los metieron en una cámara frigorífica en donde quedaron inútiles. Desde entonces he vuelto a recibir correspondencia sobre este particular, con lo que he comprobado están ansiosos de introducir la avutarda española. Me parecería muy bien que en tierras descubiertas por españoles, en mayoría andaluces y extremeños, este ave abundante en esas regiones llevase también su obra "colonizadora".

Como cité cuando hablé del urogallo, la avutarda es un ave de gran tamaño. Un macho adulto, con sus "bigotes" bien desarrollados, su magnífico plumaje, desde el marrón oscuro al gris y blanco, y su gallarda presencia, llega a pesar cerca de los veinte kilos.

Antiguamente, antes del automóvil, y sobre todo desde la aparición de esa especie de alimaña para la caza denominada "jeep".

se la cazaba desde carros, con el cazador bien oculto entre haces de paja y aproximándose a tiro de escopeta donde se encontrase el bando. De un solo tiro derribaban dos o tres piezas.

Otro método empleado en aquella época consistía en aproximarse al bando a pie, escudado por una caballería y del lado opuesto al bando, se les disparaba.

Sin duda alguna, la manera verdaderamente deportiva de cazarla es en ojeo. Los bandos de avutardas se encuentran siempre en terrenos llanos o ligeramente ondulados, sembrados de cereales. Cuando éstos todavía no se han desarrollado, las avutardas, por su tamaño, son relativamente fáciles de descubrirlas.

Los ojeadores, en la víspera, ya habrán avisado a los cazadores dónde han localizado los bandos. Al día siguiente, y cuando llegan los cazadores al lugar convenido, donde les esperan los ojeadores, éstos los colocan en zanjas o sitios que permitan el camuflaje. Con ocho escopetas se cubre una buena línea que, una vez colocadas, y con el vientre contra el suelo, esperan que los ojeadores vayan levantando las avutardas que se encuentran a varios kilómetros de los puestos. El éxito no es siempre seguro, aunque levanten los bandos, ya que la fina vista de ellos y el aire influyen que vuelen por encima de las escopetas. En este caso, los ojeadores siguen con la vista en dónde se posan, para repetir la operación.

Al lector que haya tenido la paciencia de llegar hasta aquí, le recomiendo no deje de leer el libro de Abel Chapman, titulado "España agreste". Esta obra, escrita en inglés en el año 1893 y ahora traducida al español en memoria póstuma al autor por mi buen amigo don Mauricio González Díez y publicada por la Sociedad de Bibliófilos Venatorios, es imprescindible de todo buen aficionado.

Otras aves

Además de las ya descritas, considero oportuno hacer mención de otras que en España existen, y podemos estar orgullosos de la gran variedad con que la naturaleza nos ha dotado.

Entre otras, están la codorniz, el faisán, la chocha-perdiz, el sisón, avefría y agachadizas, y las singulares aves ortega y ganga.

Con excepción de la codorniz y faisán, resultaría muy difícil, y probablemente antieconómico, fomentar la caza turística de las otras especies mencionadas en este capítulo.

Abundancia e importancia de la caza en España

Aunque oficialmente nunca se ha podido conseguir unas estadísticas poco más o menos exactas sobre la caza abatida en España en una temporada, estamos seguros en quedarnos cortos al citar las siguientes cifras:

En caza mayor parecerá sorprendente cuando diga que entre ciervos, gamos, corzos, jabalíes, rebecos y monteses, caen todos los años abatidos por los cazadores, honrados y furtivos, más de doce mil.

En lo que concierne a perdices, un íntimo amigo mío, expertísimo cazador y que en su vida ha cobrado más perdices que nadie, me ha informado que estima que en España se cobran, por lo menos, en un año, de dos a dos millones y medio de perdices.

Antes de la mixomatosis, entre las "sacas" y escopetas, se calculaban en más de tres millones los conejos que venían a engrosar las despensas para alimento de los españoles.

Con relación a las acuáticas, es sumamente difícil, por las razones que ya señalé en el capítulo que de ellas hablaba, estimar el número de las que se cazan, pero por las conversaciones sostenidas con deportistas expertos en este deporte, aseguran se matan en España cerca de medio millón al año, entre ansares, patos y zancudas.

No me atrevo a calcular el valor que en dinero representa esta estadística, que a groso modo presento, cada problema tolera mil enfoques como cada enfoque puede admitir mil intenciones.

¿La caza representa realmente una riqueza merecedora de protección que justifique la invención de una política cinegética?

Entiendo y afirmo que sí, no solamente por su valor económico, sino por atraer hacia nosotros una corriente de turismo exterior, lógicamente aportadora de ingresos, en divisas, sin contrapartida estimable.

Tengo que agradecer a mi buen amigo y compañero de monterías, don Jaime de Foxá Torroba, los datos que me ha facilitado y que cito en los párrafos precedentes.

Turismo cazador

Este importantísimo tema hasta ahora puede decirse está dando sus primeros pasos. Hasta la fecha, unas cuantas agencias particulares, con cotos propios o arrendados, se ocupan de atraer a España al turismo extranjero, facilitándole más que nada la caza de perdiz a ojeo.

Para favorecer la corriente turística extranjera hacia el aprovechamiento intensivo de la riqueza cinegética nacional, tendríamos que disponer de grandes reservas de caza idóneas para los cazadores extranjeros que sus medios lo permitan.

Hago hincapié sobre este sector extranjero, ya que hay que tener en cuenta que los arrendamientos de buenos cotos hoy en día resultan muy costosos y que de no ser de primerísima calidad y rendir plena satisfacción a los cazadores, desmerecerían y desprestigiarían nuestro fin turístico, que es lo que se pretende.

Mientras escribo este artículo se están celebrando en Madrid, con motivo de la I Asamblea Nacional de Turismo, importantes conversaciones en diferentes ponencias que espero sirvan para en un próximo futuro canalizar y llevar a feliz término una política turístico-cinegética que beneficie la economía española.